

CRITICA

CON POCA

HIEL

Por Carlos CALLEJO SERRANO

ESTE verano se cumplen tres años de la desaparición del que durante muchos fué director de nuestra Revista, don Pedro Romero Mendoza. El mejor recuerdo que él hubiera elegido para estas ocasiones, es el de tratar de continuar de algún modo su obra. Romero, aparte de ser un erudito de primera línea, y un tratadista de literatura premiado por la Real Academia Española era un enamorado de la pureza del lenguaje y un técnico en estilística castellana, y así lo daba modestamente a entender con su modesto seudónimo de *Un aprendiz de hablista*.

Yo no sé si soy aprendiz u oficial, pero también estoy enamorado del idioma castellano y, como a Romero Mendoza, se me lleva el diantre de ver a nuestra hermosa lengua mancillada a diario por la ignorancia y el descuido. Por eso voy en esta breve crónica a comentar algunas de las muchas corruptelas en que actualmente caen los que al oficio o al beneficio de la pluma dedican su tiempo. Estas corruptelas son de dos clases. La primera es el abuso, que sobrepasa ya el libertinaje, de barbarismos o palabras extranjeras, principalmente inglesas, que en los periódicos y en cualquier sitio encontramos con más profusión que las moscas en verano. Hoy día, como he dicho en otra parte, no se puede entender el castellano sin cono-

cer el inglés. Pero aparte de esto también se dan con tremenda profusión los solecismos o términos empleados caprichosamente en un sentido distinto del que tienen en nuestra lengua. Estos fallos se encuentran también por todos lados, y ello a despecho del ennoblecimiento que parece deberían dar a la profesión de las letras las Escuelas de Periodismo y la masiva integración de nuestra juventud en universidades y centros docentes.

Voy pues a hablar de algunas de estas barrabasadas lingüísticas, como hacía el maestro Romero Mendoza; pero eso sí, no poseyendo la pasmosa erudición suya y faltándome tiempo, me estará prohibido autorizar cada ejemplo con un saco de citas y menciones literarias como él hacía. El lector por otro lado, recordará algunas.

CONTEXTO. De un tiempo a esta parte se observa que escritores y articulistas, cada vez que quieren referirse al texto de una obra, emplean la palabra *contexto*. Parece ser que algunos creen que, como en nuestros tiempos todo cambia, el último grito de la moda es mencionar un contexto de Isaías o un contexto de Aristóteles.

Contexto es algo más que *texto*. Se refiere a la contextura o contenido lógico de un escrito. Generalmente se emplea para aludir a la totalidad de un párrafo del cual se ha seleccionado solo una frase. Cuando no entendemos un pasaje de un libro antiguo, a veces podemos sacar su sentido por el *contexto*, es decir, por la unidad lógica que forman las frases que preceden o siguen a la cita, o bien por los conceptos generales del capítulo o de la obra en cuestión. El contexto es muchas veces necesario para interpretar bien un texto, y evitar, por vulgar ejemplo, citas como «Poncio Pilatos fué crucificado». De ahí la diferencia entre los dos vocablos y la conveniencia de no confundirlos.

EPICENTRO.—Igualmente se ha puesto de moda, cuando se habla en sentido figurado, al aludir al centro, al cogollo o a la esencia de una cosa, emplear, en vez de la palabra centro, la palabra *epicentro*. El epicentro de una conspiración, de una tendencia política o filosófica, de un fenómeno humano colectivo, etc. También hay por lo visto quien cree que la palabra «centro» se ha anticuado y que ahora hay que escribir «epicentro». La metáfora está sacada de la geodinámica, en la cual se denomina epicentro a la proyección sobre la superficie de la tierra, del centro de irradiación de un fenómeno sísmico, que puede producirse a muchos metros por debajo de esa superficie. El epicentro de un terremoto, puede estar en Valparaíso,

cuando su centro sísmico está cien metros más abajo. Al emplear pues, la palabra epicentro para designar pura y simplemente el centro de una explosión figurada de hechos históricos, empleamos una imagen falsa.

ETNOLOGIA. - Muchos escritores y algún que otro tratadista, confunden con frecuencia los conceptos de etnología y etnografía. Las definiciones de ambas ciencias que dá el diccionario de la Academia, no son precisamente un prodigio de claridad, pero cualquiera percibe la diferencia entre ambas palabras, paralela a la que hay entre las dos raíces griegas *logos* y *graphos*. Lo primero es estudio, lo segundo descripción. También se cree que la marcha de los tiempos obliga hoy a llamar etnología a lo que antes se llamaba etnografía. La etnología es el estudio de los pueblos o razas que habitan la tierra, con sus características somáticas y psicológicas. Así al hablar de la etnología de España, hemos de referirnos a los iberos, a los celtas, a los romanos, visigodos, árabes y demás pueblos que han integrado el mosaico humano de nuestro país. Pero debemos llamar etnografía a la descripción de las costumbres, utensilios, canciones, indumentaria, etc., de nuestros pueblos y regiones.

BILLON. Más de cuatro veces hemos leído por ahí escrita la frase «tantos billones de dólares o de francos», aplicada a partidas en que tan descomunal cantidad parecía inapropiada. Esto obedece a que en algunos países, y por cierto con notoria impropiedad, se llama *billón* a la unidad de millar de millón, no al millón de millones como hacemos nosotros y reclama la sana matemática. Es un vicio de lenguaje de algunos países, que nuestros malos traductores importan en sus crónicas, pervirtiendo la idea original. Un billón es 10^{12} es decir, la unidad seguida de doce ceros; mientras que el *billión* francés es solamente 10^9 , la unidad seguida de nueve ceros, y por tanto, no es un auténtico billón.

VEINTIUNA MIL. - Antes de salir de las matemáticas censuremos la costumbre, muy introducida en nuestro lenguaje bancario, de escribir o decir *veintiuna mil pesetas*, en vez de veintiún mil, que es lo correcto. El adjetivo numeral *uno* ó *una*, se refiere en este caso a los millares y no a las unidades. Son *veintiún millares* y no *veintiuna millares*, y esto es lo mismo si se trata de toros que de vacas. Añadamos que en estos casos la palabra mil es invariable y forma un conjunto semántico con el cardinal anterior, de modo que

se debería escribir quizá *veintiunmil*, todo junto. En cambio puede y debe decirse cuarenta y una pesetas o ciento ochenta y una azafatas, porque aquí el *una* se refiere a la unidad, en estos casos plenamente femenina.

JULIO VERNE. - En nuestros tiempos se ha generalizado la costumbre de no traducir al castellano los nombres propios de pila, al revés de lo que se hacía siglo atrás. Así por ejemplo, escribimos Georges Pompidou, Leonid Breshnev, o Richard Nixon, en lugar de Jorge, Leónidas, Ricardo. Tiempo atrás no se hacía así (la costumbre se ha iniciado en pleno siglo XX), escribiendo y pronunciando Guillermo Shakespeare, Oliverio Cromwell o Alejandro Dumas.

¿Cual de los procedimientos es mejor? Aquí podríamos perdernos en disquisiciones largas, con razones en pro y en contra. En mi opinión y este caso, debemos seguir la costumbre de cada época, y si ahora la tendencia es dejar en su propia salsa el nombre de pila original, cuando se trata de personajes actuales debemos hacerlo así, escribiendo sir Alexander Fleming ó Willy Brandt. En cambio debemos respetar las firmas literarias o históricas antiguas que ya se han hecho populares con su traducción castellana. Encuentro de una pedantería insufrible escribir Jules Verne ó Alexandre Dumas en un texto castellano, tanto o más que decir Carlos de Gaulle ó Isabel Taylor. Y hablando de Isabeles, recordemos que con las testas coronadas se sigue la costumbre antigua: Isabel II de Inglaterra, Margarita II de Dinamarca, y no Elisabeth II, ni Margreth II.

LA HEGIRA. - Como todo el mundo sabe o debe saber, es la era de los musulmanes, que comienza el año 622 después de J. C. El año 1570 por ejemplo, es el 977 de la Hégira (más bien se debería escribir *hégira*).

Lo malo es que muchas veces vemos estampado, por personas que deberían tener alguna cultura, la frase «bajo la hégira del nazismo» ó «bajo la hégira de Freud». Los que así escriben, lo que quieren decir es «bajo la *égida*», y al hacerlo emplean un lenguaje figurado, porque la *égida* era el escudo de Minerva, hecho de la piel de la cabra Amaltea y bajo cuya protección se ponían los mortales para hacer lo que creían era grato a la diosa. *Egida* es pues, propia o figuradamente, escudo, protección. Hégira es la huida de Mahoma a Medina, que se tomó como origen de la era musulmana.

ESPUREO Y GERANEO. - Con mucha frecuencia se ve escrita

la palabra *espúreo*, no ya a periodistas que escriben precipitadamente y en ello es disculpable un lapsus, sino a articulistas consagrados y a novelistas con premio. Esta palabra y su compañera *geráneo* son ultraperfecciones parásitas hijas de la ignorancia del latín, como fuente etimológica de la mayor parte de nuestro idioma. *Spurius* era un *praenomen* con que en Roma se denominaba a hijos ilegítimos. Más tarde perdió esta condición peyorativa e incluso se hizo clásico en algunas familias (*Spurius Cassius*, etc). Como adjetivo, entonces como ahora, quiere decir algo bastardo y adulterado tanto en sentido propio como en el figurado. Los que escriben *espúreo* como analogía fonética con otros adjetivos como *cerúleo* o *ebúrneo* cometen pues una incorrección tamaña. *Espúreo* es una palabra *espuria*, dicho sea con aticismo.

En cuanto a *geráneo*, se puede tolerar su uso en jardineros municipales o amas de casa aficionadas a seriales, pero nada más. Viene del latín *geranium* y por tanto debe pronunciarse *geranio* simplemente, como voz grave, sin acento y con diptongo, olvidándonos de «subterráneo» o «foráneo» que son adjetivos derivados legítimamente. *Geranio*, como también *espurio*, son términos simples: no derivan de nada y por tanto el sufijo *-eo* está de más en ambas voces.

MAGNETOFON. - Es curioso lo que ha ocurrido con esta palabra. Cuando empezaron a importarse estos chismes del extranjero, cosa que por desgracia para nuestra industria ocurre con frecuencia, las casas comerciales, a quienes la pureza del lenguaje importa un comino, se limitaron a copiar la voz *magnetophone*, con la prosodia con que la oían, y a vender estos aparatos bajo el nombre de *Magnetofón*, y esto sin que ningún lingüista, ni académico ni crítico literario pusiera la menor traba. Más tarde, han tenido que ser los ingenieros, quienes, al construir los aparatos en España, les den el nombre correcto de *magnetófono*.

Hoy día ambas formas se utilizan indistintamente, pero solo una de ellas es legítima; la otra, por viciosa, debe desterrarse, venciendo la incultura o la terquedad de las gentes. Y digo esto último porque entre las personas a quienes se explica que *magnetófono* debe decirse así porque tiene las mismas raíces griegas de teléfono, micrófono o dictáfono, algunas de ellas, una vez oída tan lógica explicación, no vuelven a emplear la forma incorrecta; en tanto que otras, con un inmovilismo digno de mejor causa, siguen pronunciando *mag-*

netofón conforme lo aprendieron la primera vez, y así por los siglos de los siglos.

GASOIL. - A diferencia de la anterior, dudo mucho de que se consiga desterrar de nuestra lengua esta palabrota inglesa que, teniendo una equivalencia castellana legítima y clara, las empresas de carburantes, empezando por la CAMPSA se empeñan en utilizar. Hace ya muchos años, en unos modestísimos artículos, publicados no obstante en la prensa de Madrid, defendí que la palabra castellana obvia para este producto es *gasóleo*, con fácil paralelismo con «petróleo». También propuse que para el *fuel-oil*, se emplease el significativo y buen término *cremóleo*.

Años después, al viajar por Portugal me di cuenta de que nuestros vecinos, mucho más celosos de la pureza de su idioma que nosotros, habían lusitanizado el gas-oil, en esta misma forma, *gasóleo*; igualmente los italianos lo nacionalizan en *gasolio*. Más tarde don Julio Casares, en carta particular, poco antes de su muerte, me informó de que *gasóleo* había sido aprobado por la Academia como la forma correcta del nombre de este carburante. Pero como nadie se ha cuidado de divulgar este hecho ni de procurar que se emplee dicha forma, se sigue utilizando a toda costa el terminacho «gas-oil»; (como el diptongo *oil* es impronunciable a nuestra lengua, lo que casi todos los camioneros dicen es *gasoy*).

Por último la palabra *cremóleo*, equivalente correcto de *fuel-oil*, creo que ha sido tomado por una empresa como marca para uno de sus productos. La indolencia y el abandonismo celtibérico han perdido estas palabras de pura casta, prefiriendo la voz inglesa, como la prefieren para cualquier cosa, sea una bebida, sea un baile de última hora, sea un término técnico que tiene—como *magnetófono*—equivalencia indiscutible a través de las raíces helénicas. ¡Y luego hablamos de Gibraltar!

«El idioma de Cuzco y Filipinas
más noble que la plata de sus minas,
más rico que su oro
y más pulido y mucho más sonoro...»
...nosotros lo ensuciamos sin decoro

